

EL LICEO DE GRANADA

REVISTA QUINCENAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

AÑO I.

15 de Abril de 1869.

NÚM. 2.

BOSQUEJO

DE LA

HISTORIA DEL ARTE EN GRANADA.

El estudio de las bellas artes de un pueblo nos da la mas cabal medida de su índole y costumbres, de su religion y sus creencias; así como de su cultura, su civilizacion, sus tradiciones y su historia.

Pocos pueblos registraron en sus anales páginas mas brillantes que nuestra ciudad querida, y pocos tambien habrán sufrido tantas y tan encontradas vicisitudes.

Cuentan sus historiadores que la fundaron los fenicios, y tiene muchos visos de probabilidad que los moradores de las colonias establecidas en *Agadir*, *Malakath*, *Sexti*, ó *Abdera*, viniesen por estas comarcas al verificar sus exploraciones por el interior, y que en vista de la ventajosa situacion, fertilidad y riqueza del país, asentasen su residencia en nuestro territorio. El arte fenicio no ha dejado, sin embargo, rastro ni monumento alguno que atestigüe su existencia en este suelo, aunque no es difícil explicar la causa.

Su carácter esencialmente mercantil, solo les dió tiempo para explotar nuestras ricas minas y las abundantes cosechas de nuestros campos, convirtiéndolas en objeto de comercio, para llevarlas á abastecer los mercados de Tyro y de Sidon, y los demás emporios de su metrópoli.

Plinio refiere que los fenicios eran muy hábiles en el cultivo de los campos, en laborear las minas y en trabajar los metales. Dice que conocian las artes y la industria; que inventaron el vidrio de colores, y hacian grandes vasos de esta materia, de variadas y elegantes formas, y que sobresalian en todos los ramos del saber humano.

Hallamos tambien en los libros sagrados que se dedicaron á la orfebrería, y que vaciaban ídolos y bajos relieves.

Pero considerados durante su estancia en nuestra provincia, debemos suponer que con-

sagrados exclusivamente á su tráfico, y constituidos en meros explotadores, no se curarian en saborear los goces y comodidades exteriores, ni vivirían con el fausto y el lujo que dan motivo al desarrollo de las artes, ni es de presumir que levantasen en esta factoria edificios estables, ni templos suntuosos, sino las construcciones mas precisas para favorecer sus miras especulativas, y su paso transitorio.

Hablan tambien los historiadores, fundados tal vez en lo que dice Asclepiades en su *Corografía de la Bética*, de haber existido en nuestra comarca una colonia de griegos, procedentes de Asia: añadiendo, que los cartagineses, movidos por la codicia, vinieron á disputar y á compartir con los fenicios la posesion de nuestras pingües riquezas naturales.

Estos hechos, admitidos por la historia, tampoco se apoyan con la presencia de monumentos. Únicamente en la numismática hemos podido traslucir algun vestigio de haber prevalecido en nuestro país el elemento greco-fenicio.

No nos estraña la falta de datos artísticos de esas razas y esos pueblos, porque, además del natural influjo que ejercieron los siglos en su destruccion, es bien sabido que los indigenas sostuvieron siempre con los extrangeros la mas tenaz y porfiada guerra, sin dejarles tregua ni descanso para gozar pacíficamente las ventajas de la conquista, ni la posesion absoluta del territorio; causa bastante para impedirles que nos trasmitiesen las huellas de su civilizacion, en alguna de esas obras que solo se realizan á la sombra de la paz y de una arraigada administracion.

De aquí proviene la carencia en que nos encontramos de noticias del arte monumental de nuestros primeros dominadores.

Viene en seguida la opulenta Roma en su empeño de someter bajo su cetro de hierro el dominio del mundo, y despues de dos siglos de sangrienta lucha, se enseñoreó de nuestra provincia. Constituyese entonces el municipio iberitano, y las artes y las ciencias florecen en nuestro suelo. Los romanos, con su astuta y sábia política, procuran asimilar las razas y las costumbres, y consiguen comunicarnos el buen gusto que ellos habian adquirido de los

etruscos y los griegos, enseñándonos a admirar las sublimes manifestaciones del pensamiento, y las magníficas creaciones del genio.

Se construyen templos, vías y edificios públicos; se levantan estatuas a las divinidades paganas, y se consagran monumentos conmemorativos a los emperadores y a los ciudadanos notables por su talento ó sus virtudes; según podemos observar por los elocuentes restos que nos quedan, así en la epigrafía como en la arquitectura y escultura, de su acertada administración y de su brillante clasicismo.

Mas no nos detendremos en analizar sus obras, puesto que inspiradas en las escuelas de Roma, están fuera de nuestro propósito, y la influencia que ejercieron en nuestro país, pereció y se anubló al paso de las huestes acaudilladas por Atace y Gunderico, que como torrente desbordado cayeron sobre nuestro suelo, destruyendo y asolando cuanto encontraron en su camino.

Los pueblos del norte entraron a hierro y a fuego en nuestras tierras y ciudades. Habitados a vivir en la aspereza de sus bosques, desconocían y rechazaron el lujo, y menospreciaron las artes, temiendo que su contacto enervase sus fuerzas y les hiciera incurrir en la molición, desvirtuando su índole guerrera y sedentaria.

Andando el tiempo, y constituidos ya en poseedores del país, afirman Ambrosio de Morales, Masdeu, y el P. Enrique Florez, al tratar de la España goda y de la iglesia de Ilíberis, que edificaron magníficos palacios y templos espaciosos, consagrados a la nueva religión, donde se congregaban los fieles para celebrar sus cultos y elevar sus oraciones al Todopoderoso.

El arte y el sentimiento cristiano emanado de las catacumbas, debió presidir en el fondo y en la forma de estas construcciones.

Durante este período tiene lugar el primer concilio de Ilíberis, y el cánon 36 se ocupa de las pinturas murales. Pero de este asunto trataremos por separado en otro de los artículos que nos proponemos publicar para completar este bosquejo.

A los vándalos, los alanos y los godos sucede una raza joven y caballeresca, robusta y poderosa.

Las nobles tribus originarias del Yémen, y los valientes africanos, vienen del oriente trayéndonos consigo los gérmenes de una refinada civilización, y con sus obras y sus hechos llenan un espacio de siete siglos, que constituye uno de los períodos mas brillantes de nuestra historia.

El arte monumental de los árabes granadinos exige por sí solo copiosos artículos de interesante doctrina: de él se han ocupado con

extension eminentes artistas nacionales y extranjeros, y en la actualidad prepara un trabajo del mayor interés el ilustrado restaurador de las obras del palacio de la Alhambra, nuestro amigo D. Rafael Contreras.

Las obras de los árabes, incomparables por la elegancia y esbeltez de las líneas, riqueza del adorno y decorado, y bella y entendida distribución del conjunto, son hoy la mejor apología de su ideal é inspirada arquitectura, y nos revelan sus profundos conocimientos en la geometría y la matemática; y sus versos, esculpidos y enlazados en la ornamentación, también hablan muy alto de su hermosa literatura. Todo en sus edificios lleva el sello de su fecunda y fantástica imaginación, y de su carácter voluptuoso y dado a los placeres.

Su arquitectura adquiere una originalidad completa en nuestra patria, desviándose de la arquitectura bizantina que le dió vida, y de la cual habia sido un constante recuerdo hasta la época Naserita, que es su último, pero su mas brillante período.

En el reinado de Mahomet-ebn-Al-ahmar, se desarrolla considerablemente la arquitectura árabe en Granada. Este príncipe edifica la fortaleza de la Alhambra, dirigiendo por sí los trabajos de los ingenieros y arquitectos.

Embellece la población con monumentos y edificios públicos, dotándola de baños, colegios, fuentes y hospitales. Le sucede Mahomet II, que es uno de los que han realizado mas obras de arquitectura.

Abul Walid sigue sus huellas, y Yúsuf-abul-Hadjiadj construye la *alhama*, gran mezquita, que es considerada como portento del arte.

Conde dice que este príncipe hacia él mismo los planos de los monumentos que fundaba. De su tiempo es la elegante *puerta de la justicia*, y su reinado la época mas floreciente del arte árabe.

Mahomet IV construye un magnífico hospital (en 1375). Aben Ismail repara y embellece la población, y cada nuevo príncipe que le sucede, hasta Muley-abul-Hacem, y el infortunado Boabdil, señala su época legando a la posteridad un nuevo monumento, recuerdo imperecedero de su buen gusto y de su benéfica administración.

A mediados del siglo XV empieza a flaquear el poder de los árabes en España, cuya civilización adelantó de mucho, en actividad é inteligencia, a la de los otros pueblos de la edad media.

Bajo su dominación la poesía toma un vuelo prodigioso, se cultivan con éxito las ciencias, y las artes producen esas obras maravillosas, cuyos restos son hoy objeto de admiración.

Pero estaba escrito que ese pueblo desdichado había cumplido su misión en nuestro suelo, y que después de dejarnos las primicias de su civilización y su cultura, debía ir a regar con sus lágrimas las abrasadoras arenas de su patria.

En la última década del siglo XV, sonó la hora fatal del imperio árabe en España. Con la conquista de Granada, único baluarte que quedaba ocupado por los agarenos, se realizó el deseo que animaba a los reyes católicos, hacia largo tiempo, de consolidar la unidad religiosa y política de la península, reasumiendo bajo su cetro el gobierno de los diferentes reinos en que había estado dividida.

El 2 de enero de 1492, señala en la historia uno de los días más gloriosos para los españoles.

A contar de ese momento, se convierte nuestra ciudad en un centro luminoso de la actividad y la inteligencia.

Los magnates y caballeros cristianos, que habían asistido a los reyes en la conquista, se establecen en el país. Acuden de todos los reinos de España los varones más distinguidos en la nobleza y en las armas, en las ciencias y en las artes. Los nobles vienen a admirar los rasgos caballerescos de los descendientes de Alhama: los héroes leoneses y castellanos a oír narrar con entusiasmo las proezas de los abencerrages y zегries; los sabios y hombres de letras, a estudiar con fruto las ciencias físicas y exactas; los poetas a inspirarse en las ricas y purísimas fuentes de la literatura oriental; y los artistas, en fin, a saborear los encantos de sus obras, y de su bellísima arquitectura; y para justificar más su lema de nobleza, se hermanan nuestras artes y se ligan en estrecho consorcio con la civilización vencida, prestándose mutuamente sus más vistosas galas, para presentarse bajo una sola forma, peculiar, nacida en nuestro suelo, y conocida en la historia de los monumentos con el nombre de *arte mudéjar*.

El primer cuidado de los reyes católicos fue el de construir templos, donde se diera culto al crucificado; y concedidas las bulas que se habían pedido a Inocencio VII, para la erección de la catedral, colegiata y parroquias, fueron encargados de llevar a cabo estas fundaciones, el gran cardenal de España D. Pedro Hurtado de Mendoza, y su sobrino D. Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla.

En el año de 1504 se erigieron las iglesias parroquiales, y ya en estos monumentos observamos el primer ensayo de la alianza contrahida entre el arte proscripto y el dominante. La arquitectura ojival que tocaba ya el último término de su decadencia, pierde su carácter propio; se empieza a emplear el arco

rebajado, y esos techos de ensambladura y tracería, que tienen todo el sabor del arte de los árabes, y de los cuales se conservan tan bellos ejemplares en la mayor parte de las iglesias edificadas a principios del siglo XVI, en la escalera de la Audiencia, y en muchas casas particulares del Albaicín y de los antiguos barrios de la ciudad.

La fundación de la catedral se hizo provisionalmente el 6 de enero de 1492, en un local habilitado al efecto en el palacio árabe de la Alhambra. En el año de 1508 se trasladó a la población, junto a la casa que vivía el arzobispo Fr. Hernando de Talavera, y en 1516 se pasó a la mezquita mayor, sobre cuya planta se edificó luego el sagrario. Así estuvo hasta que el rey Felipe II dispuso elevar un templo digno y suntuoso, cuya obra se empezó en marzo de 1526, según la planta y diseños que trazó Diego de Siloe, a cuya pericia se confió la dirección de la fábrica.

Este ilustre arquitecto fue uno de los primeros que marcharon hacia el renacimiento. Vemos ya en su grandiosa obra de la catedral al arte greco-romano dominando a la arquitectura ojival. Conserva la tradición en las columnas agrupadas y en las aristas de las bóvedas; pero sobresaliendo en el conjunto uno de los órdenes de la arquitectura clásica.

Este monumento merece estudiarse detenidamente, por señalar la época de transición.

Diego de Siloe vivió en Granada desde 1529 hasta su fallecimiento, ocurrido en 1563, y de él conservamos curiosísimos recuerdos arquitectónicos en los adornos interiores de la catedral, y en los del primer cuerpo de la portada del perdon; en la planta y capilla mayor de San Gerónimo; en la fachada de la casa de Castril; en la que él vivió enfrente de la llamada casa de los tiros, y en muchos otros detalles que se ocupa en coleccionar la Comisión de monumentos históricos y artísticos, para publicarlos en su día.

Pedro de Machuca, maestro mayor de las obras de la Alhambra, es otro de los más insignes arquitectos de su época, por haber iniciado la restauración de las artes en España, rompiendo completamente las tradiciones, en busca del purismo clásico. Él hizo las trazas, diseño y fabrica del palacio de Carlos V, que es el primer edificio puramente greco-romano que se construyó en España en el siglo XVI, (1527). Su hijo Luis de Machuca lo heredó en la plaza de maestro mayor de las obras de la Alhambra, y Juan de Orea, Juan de Minjares, Francisco de Potes, Pedro de Velasco, Alfonso Sánchez Lechuga, Juan de Rueda y Juan de la Vega, figuran luego como maestros continuadores de las obras del palacio.

La real capilla, interesante monumento de la decadencia del arte gótico, es atribuido al

célebre arquitecto Felipe de Borgoña (Vigarni).

Martin Díaz Navarro y Alonso de Hernandez, edifican el magestuoso palacio de la Chancillería, (1584 á 1587), y en este tiempo es cuando toma mayor incremento la arquitectura, construyéndose á porfía templos y monumentos civiles.

Las artes plásticas y del diseño y colorido, se han cultivado tambien con éxito en nuestro suelo en los tiempos modernos, dejándonos indelebles señales de su brillante existencia.

Los sepulcros de los reyes católicos y de sus hijos Doña Juana y Don Felipe, cuyo exquisito trabajo se atribuye á artistas italianos; el medallón de la Caridad, de Pedro Torrigiano, sobre la puerta de la sala capitular de la catedral, y el grupo del entierro de Cristo, de Gaspar de Becerra, que se conserva en San Gerónimo, son el embeleso de los admiradores del arte de Phidias.

Los hijos de Granada han ensayado tambien sus fuerzas en la estatuaria, y Pedro y Alonso de Mena, el racionero Cano, Pablo de Rojas, Pedro de Uceda, Juan de Aranda, los hermanos Mora y otros, nos han dejado obras admirables de su difícil arte.

Y Alonso Cano, Pedro de Moya, Juan de Sevilla, Atanasio Bocanegra, Risueño, Juan de Aragon, Pedro de Raxis y Bartolomé Raxis, el padre Cotañ y muchos otros hasta nuestros dias, han ilustrado á nuestra ciudad con sus obras, y han conquistado un lugar distinguido en el catálogo de los pintores españoles.

Nada menos diremos de los grabadores, entre los que descuella como gentil palmera Doña Ana de Heylan; ni del rejero maese Bartolomé, autor de esas interesantísimas verjas que admiramos en la capilla donde descansan los restos de Isabel y Fernando; ni de los espaderos, miniaturistas y bordadores de imaginaria, porque nos ocuparemos de ellos con mas detenimiento del que permite este bosquejo, que es, desaliñadamente trazado, el cuadro que ofrece la historia de nuestras artes.

Mientras que las construcciones de iglesias y las obras de importancia emprendidas en los siglos XVI, XVII y principios del XVIII, ofrecieron á los artistas agradable ocupacion y provechoso entretenimiento, el arte estuvo en Granada á la altura correspondiente á su elevada mision.

Despues, la falta de estímulo y de motivos en que ejercitar sus talentos y dar vuelo al génio, tuvo á las artes y á los artistas en la postracion mas lamentable.

La creacion de las academias provinciales de bellas artes, al comenzar la segunda mitad del último siglo, contribuyó grandemente á contener la ruina á que corrian, y echó los cimientos á la obra de la regeneracion.

Entonces los arquitectos Dalmau y Tomás; los escultores Alvarez, de Priego, y el catalan Folch; y los pintores Marin y Enriquez, y mas tarde los Gonzales, los Arrabal y los Gualdos, y otros no menos estimables profesores, ilustraron á esta ciudad con sus trabajos, y dieron enseñanza en sus escuelas á esa pléyade de artistas modernos y contemporáneos, cuyos nombres recogerá un dia la historia, y cuyas obras renovarán seguramente las glorias de nuestro pasado.

B. RIAÑO.

Á LA VÍRGEN.

ODA.

Acoge este tributo, Madre mía,
De un corazón que con tu amor se inflama:
Acógelo, María;
Y si mi débil labio
Osa cantar tu escelsitud inmensa,
Tambien el Infinito; el solo sabio;
El que dió tumba al mar y al sol su brillo,
Oye la ronca voz de los torrentes
Y el trémulo cantar del pajarillo.
Yo contemplo extasiado la natura
Que se apoya en sus ejes de diamante:
Yo ciego á la luz pura
Del grande luminar, frente del cielo:
Yo tiemblo ante el tonante
Rayo de Dios, que las montañas hiende;
Mas al alzar con mi razon el vuelo
Hasta el solio inmortal de tu grandeza,
Inclino confundido mi cabeza
Y la inmensa creacion no me sorprende.
Engendro del dolor, pária maldito,
El hombre se arrastraba
Bajo la pesadumbre del delito;
Si llanto derramaba
En ansiosa demanda de consuelo,
Con avidez impia
La tierra lo absorbía,
Quizá por ocultarlo al Dios del cielo.
Palpitante la ofensa,
Jamás la libertad de sus dolores
Con piélagos de sangre conquistara;
Que en fuerzas débil si de males rico,
Antes la gaviota trasladara
La arena de los mares con su pico.
¿Quién del esclavo en los marchitos ojos
Encenderá el aliento de la vida!
¿Quién le redimirá! Dame, Dios mío,
Ecos de aquella voz rauda y vibrante
Que hizo en un solo instante
Semillero de mundos el vacío;

Dame el poder que los abismos doma;
 Dame el fuego que enciende los volcanes;
 Hazme tu igual, y cantaré potente
 Las glorias de la Virgen escogida,
 Que al darte humana vida
 Levantó hasta la gloria nuestra frente.
 Nosotros no escuchamos
 El cántico de fervida alegría
 Que al elegirla Tú le entonarías
 Con su laud inmenso lo infinito;
 Las miriadas de soles y de esferas
 No hollaban los espacios sin confines,
 Cuando el Verbo increado,
 De amor henchido y de grandeza lleno,
 Buscó una gloria en su bendito seno
 Y unió la eternidad con lo creado.
 La sangre que en demanda de perdones
 Humedeció las peñas del Calvario,
 Y enjugó en un sudario
 La sangre de cien mil generaciones,
 Por sus venas corrió: los hijos viles
 Del mal y del dolor, fueron llamados
 Los hijos de la luz: rasgó sus sombras
 El abismo sin fin de espesos vahos:
 Naturaleza entera
 Tembló de gozo; iluminóse el caos,
 Y en sus alas los ángeles llevaron
 Al trono santo que en la gloria brilla,
 La eterna esencia del divino Hijo
 Y el lloro de la Madre sin mancilla.
 ¡Misterio sacrosanto,
 Mi corazón tu escelsitud adora,
 Y mi mente abismada,
 Te ve mas grande cuanto mas te ignora!
 Mientras tendido sobre el duro leño
 El Cordero de Dios agonizaba,
 Hundiendo la creación con su agonía,
 Una muger oraba
 Transida de dolor: era María.
 El árbol solo, escueto,
 Dibujaba sus brazos suplicantes
 Sobre el negro crespon de las tormentas,
 Y aquel, de muerte, pálido esqueleto,
 Que al sostener su frente deicida,
 La frente de Jesús ensangrentada,
 Fué la enseña y el símbolo de vida,
 Con raudales de gloria bañó el suelo;
 Porque la madre hermosa
 Que regaba llorando,
 Estrechaba la cruz, la cruz el cielo....
 Y eran ella y la cruz que alzaba al Hijo,
 La humanidad entera suplicando.
 En testamento eterno, Virgen mía,
 Tú la herencia de lágrimas llevaste,
 Y desde entonces, disipando quejas,
 Es tu nombre al sonar dentro del pecho
 Mas dulce que el panal de las abejas.
 En alas de la fé públase el aire
 De atrevidas agujas, que coronan
 Los templos que a tu nombre se levantan:
 Liras de piedra que tu gracia entonan:

Montón de lirás que tus glorias cantan.
 Como el mas dulce don de nuestros dones,
 Al pié de tus altares
 Dejamos los fervientes corazones,
 Que hacia el espacio inmenso,
 Entre sus gasas lleva
 La cándida espiral del puro incienso.
 Cuando en la dulce cuna
 Débiles exhalamos
 De la niñez el trémulo vagido:
 Cuando furioso el huracán azota
 De la espantosa guerra,
 Que deja tras su rota
 Palpitante de tumbos la tierra:
 Cuando el náuta infeliz vé su agonía
 Sobre la tabla abandonada y sola,
 Que confundida queda
 Entre los pliegues de la hirviente ola
 Que en tumbos mil á los abismos rueda,
 La Virgen, que es amor y es esperanza,
 El sueño vela del hermoso niño:
 Entre el ronco erugir de los cañones
 Su dulce voz resuena,
 Iris de paz vertiendo bendiciones;
 Y el infeliz soldado,
 Que al arrojar por la espantosa herida
 Los últimos alientos de la vida,
 Besó la santa imágen
 Que en su cuello pusiera un ser amado,
 La mira allá en la altura
 Donde no rugen ya los vendavales,
 Mostrándole los senos de la gloria.
 Sobre el piélago artero,
 Flotando se aparece
 En la estrella polar al marinero;
 Y al buscar su destino
 El ánima inmortal, cisne divino
 Que desata su cárcel de dolores,
 Entona su plegaria postrimera
 Desde los secos labios de la muerte
 A la Madre feliz de los amores.
 Los seres todos que la vida alientan
 Sus grandezas repiten incesantes,
 Desde el musgo de tímidos aromas,
 Hasta el enhiesto pico donde asientan
 Su castísimo nido las palomas.
 Y cantan sus virtudes
 Con sus árpas los ángeles del cielo;
 Las fuentes con su languido murmullo;
 Las grutas con sus órganos de hielo;
 Las tiernas aves con su dulce arrullo;
 Con su lengua de flores los verjeles;
 Con sus lirás los bosques seculares;
 Con sus alas de lona los bajeles;
 Con su estruendo magnífico los mares.
 Yo también á su voz mi voz aduno;
 Que si de asombro muda,
 En inspirado coro
 La creación te saluda,
 La esplendorosa llama
 De tu fulgente gloria,

Mi pecho alienta y mi razon inflama,
 Pobres para ensalzarte
 Son los de humana voz débiles ecos;
 Mas si al vibrar su látigo sañudo
 No nos deja el dolor los ojos secos,
 Las armonias vividas del llanto
 Ferviente las anhela
 El mismo Dios para su alcázar santo.
 Feliz el que padece
 Si cuando el sol de la esperanza brilla,
 Para elevarlo al cielo
 Evapora un diamante en su megilla.
 Bien hayan los que lloran,
 Si en cambio de sus lágrimas reciben
 Las mercedes ¡oh Virgen! que te imploran.
 Y las delicias plácidas que ignoran
 Los que esquivando tus amores viven.
 Escucha mis suspiros,
 Y recibe tambien en mi poesía
 La dulce pena que mis ojos baña,
 Cada vez que te digo: «¡Madre mía!»

FEDERICO DE PALMA Y CAMACHO.

Á ELLAS.

Sin poder asegurar si es realidad ó ilusion producida á través del prisma de mi voluntad, observo que hay mas oyentes en los sermones que en los parlamentos, mas espectadores en los teatros que en las academias, mas curiosos en las plazas que en los campos, mas afiliados en las sociedades de baile que en las lógicas masónicas.

Para mí esto es muy natural: donde estais vosotras, allí estoy yo.

Lo que me parece extraño, como generalmente acontece con toda opinion propia, es que los demás no participen de ella.

Por eso lamento la suerte de la revista del liceo, desde que he visto el primer número.

Habrà en ella excelentes artículos, y para evitar la monotonía que produce hasta lo bueno, se hallarán estos malos apuntes; pero todo obra y gracia de los hombres, que á mí no me hacen ninguna.

Suponiendo, como es lógico, que lo mismo acontece á los demás lectores, estoy seguro que no los habrá mas que para los epígrafes y las firmas.

Ya estoy yo viendo alguno de ellos, que empezará leyendo: «Comparacion entre los estómagos de la chinche y del gorrón, por un naturalista.» «Disertacion sobre los aretes de Cleopatra, por un anticuario.» «Importancia psicológica del tú y del V., por un filósofo.» «Elegía á un espárrago, por un poeta.» «Á ellas, por un adán.»

Total: dos pliegos para envolver alcarabea:

dirá nuestro hombre recordando á Espronceda.

Y en efecto: ¿para qué otra cosa puede servir un periódico que no lleva una firma femenina; que no contiene un párrafo escrito con ese espíritu delicado tan digno de admiracion como difícil de encontrar en el sexo feo, ni una línea de ese estilo tan suave, fácil y natural, en que la gracia forma el principal mérito, ni una de esas frases que produce el sentimiento y que en vano intentan crear la razon y el génio?

Porque es necesario desengañarse; donde solo hay hombres, no hay mas que ciencia, literatura, artes, industria... pero no hay mugeres, y puede hacerse cuenta de que no hay nada.

Esto me desalienta: pensar en un periódico donde no os puedo ver, ni oír, ni siquiera leer, es perder el tiempo, y solitaria la pluma si no apelara al último recurso.

Hablaré de vosotras.

Esto es lo que han hecho todos los sábios y todos los tontos conocidos; esto es lo que han hecho todos los que han vivido en el mundo positivo y en el mundo ideal, y esto es lo que deben hacer todos los hombres... que no puedan hacer otra cosa.

La dificultad es poder hablar de todas.

Pero quizás para mí lo será mayor escoger un tipo, una clase ó una edad.

¿Quién se decide por las blancas y deja las morenas, por las altas y deja las bajas, por las ricas ó las pobres, las nobles ó las plebeyas?

No está reservado este valor para el que siempre será decidido campeón: si no de todas vosotras, por que esto es un grave compromiso para cuando haya que dar voto contra alguna, al menos por la mayor parte.

Hablaré, pues, de las que mas me gustan, de las que me entusiasman, de las que me arrebatan, me marean, me enloquecen y me fascinan.

De las coquetas.

Creo que cualquier hombre de un gusto tan general como el mío, y de bastante mal gusto para leer este escrito, quedará satisfecho hasta cierto punto; porque hablar de las coquetas, es ocuparse de una fraccion del bello sexo que se acerca mucho á la totalidad.

Y las coquetas nos gustan á todos.

La muger es coqueta por naturaleza, y como no hay nadie que deje de admirar los encantos y lecciones de esta sublime maestra, no puede haber tampoco quien deje de dar la preferencia á las coquetas.

Lo demás sería preferir lo artificial á lo natural.

Dios que ha dado á la muger esa agudeza en la inteligencia, esa delicadeza en los sentimientos, esa movilidad en las ideas, esa flexi-

bilidad en la imaginacion, esos caprichos en la voluntad, esa credulidad supersticiosa, esos vanos temores y esos vicios pueriles, le ha impuesto la ley de la coquetería.

Admiremos, respetemos y amemos la sabiduría eterna de Dios.

Por lo demás, voluntaria ó forzosamente, es preciso respetarla: los hombres admirarán siempre la virtud y serán subyugados por la coquetería: esta es la ley á que difícilmente podrán huir el bulto los simples mortales.

Desde la creacion hasta nuestros dias, filósofos, historiadores, poetas y artistas se han ocupado de la muger con preferencia á todo, y ninguno ha podido preservarse de un desden ó de un entusiasmo igualmente injustificados.

Unos considerándola como criatura incapaz de un pensamiento sério y de un destino grave, la han colocado en un rango muy inferior al que le pertenece, reservando para ella las imprecaciones y los epigramas.

Otros, profesándole una admiracion que solo podia sostener el brillo de algunos ejemplos, han ensalzado sus cualidades, sus inclinaciones y hasta sus debilidades, de las cuales han formado otras tantas virtudes.

Los pueblos en masa no han hecho ni mas ni menos que los hombres aisladamente; han llevado su respeto ó su desprecio hacia las mugeres, hasta los extremos mas ridiculos.

Mientras las medas tenian maridos á pasto, y las que contaban menos de cinco se consideraban mal provistas, los tártaros mantienen las mugeres lo mismo que los siervos, como cuestion de lujo, y cuanto mas fastuoso quiere aparecer un señor, tantas mas acopia.

En verdad, esta es la única costumbre que me reconcilia con el lujo y con los tártaros.

En la isla de Ceilan, no solamente se permitía el libre paso, sin aduanas ni portazgos, á las mugeres, sino que por analogia, una ley de que no existe otro ejemplo, concedía igual privilegio á toda bestia de carga que fuese hembra.

En cambio, en la isla de Unamack, descubierta por los rusos, las mugeres son la moneda del comercio: se calcula el precio de las cosas en mugeres, y se da una, dos ó mas por un objeto.

Este solo ejemplo me hace amar los viajes de investigacion, aunque sospecho que al primer descubrimiento semejante habria vendido hasta los calzoncillos.

Entre los hurones, la dignidad de jefe es hereditaria en la muger, mientras que entre nosotros hay todavia quien defienda la ley sálica.

En fin, muchos negritos de muchas colonias, tienen todavia la suficiente vanidad para no dignarse comer con sus mugeres, ó para

no permitirles que les hablen sino de rodillas, mientras que muchos blanquitos de nuestra tierra piden permiso á sus esposas hasta para mecer el nene.

Yo no quiero averiguar si los pueblos y los hombres han hecho bien ó mal en todo eso, y me basta saber que ni los hombres ni los pueblos han hablado, que yo sepa, ni han hecho nada que sepa nadie, para acabar con la coquetería.

Pero suponiendo que los haya, preguntad á los hombres que mas alarde hagan de sufrir con los defectos de las mugeres, y que consideren como uno de ellos la coquetería; preguntad á los desalmados que hayan lanzado los envenenados dardos de la sátira contra las coquetas, si quieren que se corrija la bella mitad del género humano: estoy seguro que el mas valiente se echaría á llorar, arrepentido y cantando la palinodia.

Tendría razon, angeles mios: que no intenten nadie perfeccionaros, porque de seguro echaba á perder la mas bella obra del criador.

Coquetas de mi vida! Vosotras que desde que sabeis andar quereis andar con gracia; vosotras que, aunque no os halleis bellas, quereis parecerlo á todo el mundo; vosotras que hasta en los juegos infantiles os distinguís por la coquetería, de la brutalidad y del genio destructor que caracteriza el genio de los adanes, no abandoneis nunca esa coquetería; no os dejesis acobardar aunque salga algun murmurador de oficio contra esa gracia; ese murmurador sería un fenómeno y nada mas.

Pero se necesita ser desmemoriado para dar estos consejos, como si la coquetería pudiera ser abandonada por la muger, con la cual ha nacido.

No: eso sería una negacion de sí misma.

Torcuato Tasso que era conocedor, y por ende amante del género, como hombre de genio y de corazon, en uno de esos versos que han admirado tanto al género humano, como él admiraba la parte que únicamente lo merece, decia con razon:

La muger no conoces por ventura?

Niega y negando quiere que la apremien;
Huye y huyendo quiere que la alcancen;
Lucha y luchando quiere que la venzan.

Esa muger, la muger que formaba el tipo para el Tasso, era tambien el objeto de admiracion de Rousseau, que preferia aquel poeta á Virgilio, porque Armida era mas muger, mas coqueta que Dido.

Eso es lo que le sucedería á cualquiera, sin ser poeta, ni filósofo, ni nada mas que hombre.

Es preciso confesarlo: á menos de ser un hipócrita, el que no ama la coquetería no ama la muger, y el que no ama la muger no es hombre.

El poder de la coquetería es inmenso.

Si fuera posible reunir en un salon veinte mugeres hermosas sin coquetería, y si, lo que es mas difícil, estas veinte estatuas tuvieran veinte amantes á sus piés, bastaria la simple presentacion de una coqueta para ver un momento despues veinte infieles, y una galeria de escultura abandonada.

Quitando á la hermosa la coquetería no queda en efecto, mas que un mono de porcelana, que recrea un instante los ojos, pero que nunca enamora.

Por el contrario, hasta la fealdad subida en cadena el corazon de los hombres si está ayudada de la coquetería: hé aqui un dialogo entre dos jóvenes, que lo hace sentir aunque no lo prueba.

—Cómo es posible que te hayas enamorado de esa muger tan fea?

—La has visto coquetear?

—No.

—Entonces no puedo explicártelo, y si la hubieras visto te lo explicarias tú mismo.

Es indudable que si hay algo capaz de enamorar al hombre es una coqueta.

Si hay algo que pueda dominar la brutalidad y el despotismo masculino, es la coquetería femenina.

Las gracias físicas, ayudadas del espíritu seductor de la muger, humillan al mas orgulloso, aquietan al mas rebelde, amansan al mas intrépido y fijan al mas voluble.

Mientras las penas mas atroces no bastarian para arrancar una lágrima á un estóico, dos bellos ojos con una mirada, dos graciosos labios con un gesto, bastan para arrancarle un suspiro.

Los atractivos de la coquetería son el escollo contra el cual se rompe el oleaje de nuestra vanidad, y nos obligan a confesar á cada paso que nuestras pretensiones de reyes de la tierra no son mas que pretensiones.

En rigor, el poder que el hombre se ha atribuido pertenece á la muger, porque la fuerza de aquel nunca puede sustraerse á la coquetería de esta.

¿Y cómo utilizar la fuerza, no la fuerza brutal, en la cual seria indigno pensar, sino la fuerza de voluntad de que hacemos alarde?

Á esa gran fuerza, aun en el supuesto de que la poseyéramos, delante de una muger coqueta le faltaria punto de apoyo.

La coquetería que hace cambiar el semblante, las actitudes y las palabras, no ofrece blanco.

El que muestra gran resolucion ante la vista recogida y la mirada pudorosa, flaquea ante la mirada severa y dominante: el que es insensible á un desprecio, se enternecce con una sonrisa.

La coqueta, manejando oportunamente sus

recursos, anima ó refrena al adorador tímido ú osado, sacude los perezosos deseos y amortigua las ilusorias esperanzas, reanima la pasión que se extingue y dulcifica aquella que se impacienta.

Coquetas de mi alma! No deis nunca el arma poderosa y única con que os podeis defender de vuestros tiranos: no oigais los insidiosos consejos que para abandonarla os den vuestros enemigos.

No usan los hombres la carabina y el puñal contra el tigre? Pues yo os aseguro que contra el tigre de levita, que esconde las afiladas uñas detrás de la piel del inocente cordero convertida en guantes, no hay mas armas que la coquetería: mientras el hombre no abandone el acero para luchar con las fieras, no abandonéis vosotras la coquetería para luchar con el hombre.

Con la coquetería atraeréis siempre sus miradas, hareis nacer en su espíritu esa deliciosa impresion que produce la vista de lo bello, y os amarán, que es la cuestion, porque cuando el hombre ama, ya no es la fiera que os pintaba ahora mismo.

Yo que conozco algo los hombres, porque, para desventura mia, he vivido mucho mas entre ellos que cerca de vosotras, os puedo asegurar que les causan risa y desprecio las que no son coquetas, porque su vicio dominante es despreciar todo lo que no temen, y solo temen la coquetería.

No os fieis, pues, de la belleza, que sin la coquetería acaba con el tiempo, mientras que esta crea y conserva una atmósfera de atraccion, que se ensancha á medida que pasan años, porque ese instinto tan en armonia con el destino de la muger, le permite presentar siempre del mejor modo posible la belleza y la gracia que de la naturaleza ha recibido.

La historia, gran maestra de la vida, como se la ha llamado, nos enseña que las coquetas han triunfado siempre de las bellas.

Vosotras que teneis, como el hombre, la tendencia natural á mandar y dominar, y que lo ensayais tantas veces, ¿quereis conseguirlo siempre? Sed coquetas.

Para esto es precisa condicion que os deis ver, oír y leer. Venid al liceo; hablad y cantad en sus salones, escribid en su revista.

Yo que me honro con la amistad y admiro el talento de muchos de sus socios, aunque me supongo en su recinto, no tengo el valor para venir hasta su puerta, lo cual es para mí un viaje tan engorroso como el del polo norte, ni para pisar nunca sus salones, que sin vosotras me parecen un desierto de hielo; ni lo hubiera tenido, en fin, para escribir estos desaliñados renglones, si el solo recuerdo de vuestros atractivos no hubiera espoleado mi pluma; porque una pluma no necesita pa-

ra marchar mas que ese recuerdo; es capaz de trotar con la presencia de una bella, y hace la carrera mas admirable, manejada por la coqueta mano femenina.

* *

LOS RELOJES.

Nada hay para mí tan triste como un reloj.

Cuando llegan à mi oído las vibraciones de su campana, me parece escuchar el incesante *anda, anda*, de Ahasveros, que empuja al mundo hacia el término de su camino.

Algunos han dicho que es el amigo mas fiel del hombre: yo creo, por el contrario, que es el enemigo mas cruel é implacable.

Si le recuerda dias felices que fueron, se acongoja al compararlos con los actuales: si tristes y aciagos, trae à la memoria sus pesares, sus lágrimas y sus amarguras; y en uno y otro caso le indica que se ha doblado una página mas en el inmenso libro del tiempo.

La misma lentitud con que dá sus sonidos al viento, le hace ser mas despiadado; parece como que se complace en prolongar la agonia con que se le escucha.

El reloj es, como si dijéramos, el eterno *memento homo* de la humanidad.

Él nos muestra la primera cana que hay en nuestra cabeza; la primer arruga que surca nuestra frente; el primer extertor que exhala nuestro pecho.

Nos hace ver con pena lo que fué ayer, y con temor lo que será mañana.

Dicen que el veronés Pacífico le inventó en el siglo IX. Pacífico debió ser cartujo, ó por lo menos quiso convertir al mundo en un inmenso convento de aquella orden, y ahorrarse el trabajo de repetir el perpétuo *morir tene-mos* que prescribía la regla.

Por otra parte, el nombre de Pacífico sienta muy mal con su descubrimiento: es mas bien una ironía. No puede comprenderse que fuera pacífico y tranquilo, apesar de hallarse revestido de la dignidad de arcediano, un hombre que se empeñó en tasarnos el tiempo con una precision tan admirable, por horas, por minutos, y hasta por segundos.

Y sin embargo, el mundo aplaudió su invencion, la estudió, la perfeccionó y la extendió por sus ámbitos en todos los tamaños y con toda la profusion imaginable. Colocó relojes en las torres, en las casas y hasta en los bolsillos.

Construyó magníficas tiendas y lujosos aparadores, para poder verlos à cada instante, y no escaparse nunca de su continuo espionaje.

¿Qué es una tienda de relojes? Un escárnio constante del público; un punzante epigrama que se lanza à todo el transeunte que tiene valor para mirar hacia ella.

Allí encontramos reunidas cien ingeniosas máquinas que pugnan por ver cual anda mas de prisa, y que se rien descaradamente del que se detiene à admirar sus cajas, sus valores ó sus adornos.

Cualquier esfera de aquellas en que fijemos nuestra atencion, nos está diciendo en su mudo lenguaje:

¡Cada movimiento de mis brazos se lleva un átomo de vuestra vida; cada sonido de mi volante os roba un latido del corazón!

Pero el hombre no comprende, ó no quiere comprender su sarcasmo, y lejos de enojarse, le lleva con orgullo en su chaleco; le consulta con frecuencia, y le prende con cadenas, como si pretendiera sujetarlo à su albedrío, sin alcanzar que es él quien se liga à su rápido paso.

¡Cuánto darían algunos por que los relojes anduvieran al revés siquiera un día!

Si esto fuera posible conseguirlo, no contaría el hombre los minutos con la avaricia que lo hace, y arrojaría con desprecio ese continuo aguijón de la vida.

Pero como conoce su impotencia; como el instante que transcurre no puede volver à pasar, y el grano de arena que cae no ha de volver à subir, el hombre se ha dicho:

Puesto que hemos de seguir adelante, corramos cuanto nos sea posible!

He aquí por lo que algunos viven tan de prisa.

Porque pretenden cogerle al tiempo la delantera, para ponerse fuera de su alcance.

Pero el tiempo, como buen viejo, no quiere fatigarse y les deja correr. Solamente les mi-

ra con sonrisa burlona y dice entre dientes:
Ya os cansareis.

Y así sucede.

El que mas corre, mas pronto se cansa y cae; luego suena el reloj y vé que no ha adelantado un paso.

El único fruto que ha conseguido es el rendimiento y la fatiga.

Sigamos, pues, la corriente, y salga el sol por Antequera.

SALVADOR PEREZ MONTOTO.

GUTIERRE DE PEÑAFIEL.

TRADICION DE LA EDAD MEDIA.

I.

Mediaña la tarde.

Los rojos destellos del sol doraban las copas de algunos apiñados álamos, á cuya sombra un grupo de cazadores contemplaban el rápido vuelo de un azor que perseguía velozmente á una garza.

Veíase en primer término una jóven bellísima montada en un brioso alazan: la brisa, conmoviendo suavemente el delicado cendal de su birretillo, envolvía á veces con él la cabeza de la jóven cazadora, que le echaba hacia atras con un gracioso movimiento, mientras que contemplaba ansiosamente las numerosas curvas que trazaba en el aire el azor favorito.

Cerca de ella, entre la línea de sol y sombra, un anciano caballero, puesta la una mano en el pomo de su espada y manteniendo en el puño de la otra un halcón, miraba hacia el mismo punto, dirigiendo la palabra á un vigoroso escudero que, con su ballesta preparada, respondía lacónicamente á las preguntas de su señor.

Mas allá, á una pequeña distancia, escuderos, pages y cazadores, consultaban en silencio y alternativamente, los ademanes de la dama y el caballero, ó el atrevido vuelo del azor, que se elevaba mas á cada momento.

Junto á ellos, el río saltando unas veces entre las peñas, ó murmurando sobre las arenas, iba á perder sus ondas en la extensa llanura que se confundía á lo lejos con el dilatado horizonte que desde los álamos se descubría.

Un árbol elevadísimo recortaba su caprichosa silueta en los últimos límites de la llanura: tras él perdióse la garza perseguida,

mientras que el azor, cambiando de dirección y abatiendo un tanto su vuelo, vino á dar en los matorrales del río.

—Ah! mirad, padre mio; el neblí huye de nosotros, exclamó la dama.

—Fortun, dijo el caballero, deja esa ballesta y vé donde el azor vá á posarse.

Inclinóse el escudero obedeciendo, y montando en un caballo desapareció galopando en la llanura.

Los cazadores esperaron un largo espacio: al cabo, el anciano pareció impacientarse, y dirigiéndose á la dama, le dijo:

—Fortun no vuelve: ¿le esperamos?

—¿Queréis que parta en su busca? interrumpió atrevidamente un paje.

—No: esperad. Héle aquí.

En efecto: oíase el paso de un caballo en las alamedas, y á poco apareció entre los cazadores un apuesto doncel, llevando en el puño el azor fugitivo.

Acercóse con lentitud; saludó al anciano, y descubriéndose presentó silenciosamente el azor á la dama: encendióse la color de esta al verle y una mirada dulcísima de sus hermosos ojos fué á ser absorbida por los del doncel, que se estremeció de alegría, pronunciando algunas entrecortadas frases. El anciano al ver el color de la dama, al contemplar aquella mirada, dió con brusco acento las gracias al mancebo, y volviéndose á los suyos ordenó la marcha: poco despues pasaron todos ante el jóven, quien los contempló, hasta que se perdió en el horizonte el dorado polvo que levantaban los pies de los caballos.

Entonces, inclinando la cabeza sobre el pecho, tomó al paso de su corcel por las orillas del río, é iba á entrar en las alamedas, cuando presentándose Fortun, y sacando de su escarcela un pergamino, se lo entregó alejándose. «Esta noche á la queda, en el lago: vuestra seña, una luz: tomad la barca y acercaos al castillo:» leyó el jóven con alborozado acento, y picando su caballo, metióse entre los árboles. Vióse algun tiempo ondear entre ellos la pluma de águila de su birrete: al fin desapareció esta, y el galope de su corcel se confundió con el murmullo del río.

II.

Algunas nubes vienen á fijarse sobre la superficie de un lago que platea á los rayos de la luna: á veces los pálidos reflejos de esta iluminan las torres de un castillo, cuya maza mole oculta sus cimientos bajo la superficie de las aguas.

Ha sonado en la torre del homenaje el toque de queda, y los agudos toques del clarín han impuesto silencio á los numerosos grupos de soldados que disputaban en las almenas ó

reñían en la barbacana: hánse visto en las galerías descubiertas pasar las luces de las rondas, y de tiempo en tiempo se escucha el «alerta» de los centinelas. El céfiro suave levanta en el lago alguna ola que vá á romperse en la muralla ó á dividirse en los espesos matorrales que crecen á orillas del lago. De detrás de ellos, y despues de sonar la queda, destacóse un objeto que adelantó hasta ponerse cerca del castillo: á poco la fugitiva llamada de una antorcha encendida un momento y apagada despues en las aguas, dejó ver una pequeña embarcacion, tripulada por un caballero, cuyas armas centellearon un instante.

En el castillo todo permanecía oscuro y silencioso: oyóse al fin un breve rumor, y una luz brilló en una ventana abierta casi á flor de agua: la barca adelantó hácia aquel punto y se colocó debajo de ella: en este momento la luna argentando los bordes de una nube y librándose de la niebla que la envolvía, iluminó aquella parte del castillo. De pié en los bancos de la barca, sosteniéndose en las barras de la ventana, veíase un apuesto mancebo: cubría parte de su armadura bajo sus sencillas ropas de cazador, y tenía entre sus manos las de la dama, que le sonreía amorosamente.

—Alda mia, ¿me amas? se oyó decir.

—A pesar de mi padre: á pesar de mi fortuna: á pesar de todo, contestó ella.

—¿Me amarás así siempre?

—Siempre, s.empre.

Poco despues solo se distinguía el murmullo de sus voces conversando calladamente: un hijero rumor que se oyó en la extensa galería que daba á la reja, vino á interrumpirles, y Alda ahogó un grito al ver una de sus dueñas que, acercándose, le dijo:

—Vuestro padre os llama: apresuraos y venid.

—Espérame, Gutierre.

El doncel, al verla alejarse, se sentó en un banco de la barca; colocó la espada sobre sus rodillas y apoyó la cabeza en sus manos, entregándose á sus amorosos pensamientos. Así pasó un largo espacio, hasta que al cabo escuchó los pasos de Alda que, acercándose presurosamente á la gótica ventana, le dijo:

—Gutierre, mi Gutierre, quieren hacerme de otro: he encontrado á mi padre con el capellan del castillo, que tenía en las manos un pergamino. Mi padre me dijo: «hija mia, corredores del conde de Ureña me han traído estas letras, en las que os pide por esposa.»

—«Perdonad, mi buen padre, respondí: no soy libre: mi fé es de otro hombre.»—«¿Quién es, decid?» contestó entre admirado y colérico. Murmuré tu nombre estremecida. —«¿El, exclamó estallando en cólera: él, descendiente

de un rebelde á su rey, de un traidor á su patria! Él, cuyo castillo he visto alumbrarse por las llamas del incendio y su ámbito sembrado ignominiosamente de sal por los mesnaderos reales! Jamás, por mi nombre: antes hundiría en vuestra garganta mi puñal de misericordia. Condesa Alda, quien haya de ser vuestro esposo, se ha de presentar en demanda de vuestra mano, alta la frente, desplegada al viento su honrada bandera, noble entre los nobles, señor entre señores, rodeado de caballeros que sigan su pendon y de escuderos y pajes que no avergüencen á los míos. Salid.» concluyó. Hui de allí: su acento irritado parecía perseguirme en las galerías.

Gutierre estremecido, exclamó:

—Lo sabía, Alda. Sabía que tu padre me rechazaría por desgraciado y me desestimaría por pobre.

Y como quien toma una resolución extrema, estrechó por última vez la mano de su amada, diciéndola:

—Adios, Alda mia: ámame y espera.

Y se alejó remando precipitadamente.

III.

En la mas alta cima de un collado, rodeada de añosas encinas y acopados nogales, se levanta una torre, único resto de un antiguo edificio, cuyas ruinas cerca de ella se perciben. Algunos lienzos de muralla, en los que quedan trozos de almenas, señalan la extensión del antiguo castillo, defensa que fué en mejores dias de los pueblos comarcanos; apenas se distinguía donde estuviera la barbacana y donde se alzara el rastrillo: de las derruidas torres solo quedan los basamentos, y los anchos fosos se ocultan casi bajo los escombros y malezas. La única torre que queda, revela, á pesar de su ruinoso aspecto, la grandeza del antiguo edificio: cubierta de yedra, ennegrecida por las incurias del tiempo se alza en los aires, mudo recuerdo del pasado; testimonio fiel de dias mas dichosos. Súbese á la maciza puerta que la cierra por una estrecha rampa, defendida en otro tiempo por numerosas aspilleras abiertas en la muralla: la rampa forma al llegar á la torre una extensa plataforma. En ella, una anciana vestida pobremente, cantusea un antiguo romance, á medida que pasa sus dedos por el grosero hilo que se desprende á cada vuelta de su rueca: no muy lejos, un anciano sentado en una piedra, limpia con afán un casco y sonríe satisfactoriamente al verle, aunque aboyado y viejo, resplandecer á los rayos solares. Hubo un momento en que la anciana, interrumpiendo su canto, dijo:

—Aun no ha venido...! salir anoche y no

haber llegado aun...! ¿Si le habrá acontecido alguna desdicha?

—Dios no lo quiera, muger; pero aguarda, alguien se acerca. Héle aquí: es él.

En efecto, Gutierre subía pausadamente la rampa y se dirigía hacia la torre.

—¡Cuan noble y cuan desgraciado! murmuró el anciano al verle llegar.

Gutierre, absorbido en sus ideas, cruzó la esplanada, entreabrió la puerta y desapareció en la escalera. Momentos después se le vió en lo alto de la torre, apoyarse en la muralla y fijar la vista en un punto lejano. Gutierre meditaba. Desde allí distinguía el magestuoso castillo, morada de la muger que amaba: desde allí veía las fértiles llanuras; los amenos valles, fundo de sus antepasados, patrimonio hoy de nuevos señores: cerca de él distinguía en las colinas grandes jarales y matorrales espesos; el solar derruido de sus ascendientes; los angulosos restos de la antigua abadía donde se sepultaron sus mayores y se armaron caballeros sus padres: lejos de él, la riqueza, la alegría, el placer y la esperanza: cerca, pobreza, ruinas, tristísima realidad y amargas memorias.

Niño aun, había visto á su noble padre rodeado de algunos servidores, derramando su sangre, morir á la puerta de aquella torre que habitaba; y apoyando la cabeza sobre el pecho, estremercse en el exterior de la agonia; señalarle con una mirada suprema su noble bandera abatida con vilipendio, desde la mas alta almena.

Desde aquel día había vivido en la miseria, olvidado de todos, tachado su escudo con una mancha que no había podido borrar el incendio de su castillo ni la pérdida de sus tierras: de su casa solo quedaban restos polvorientos; de sus fundos, la memoria; de su servidumbre, aquellos dos ancianos, fieles servidores en la desgracia.

El descendiente de cien nobles generaciones encontraba su alimento en la caza. Cierta día que perseguía un cervato en un expeso bosque, conoció á Alda, amóla y sintióse amado: en la embriaguez de su propio júbilo, olvidóse de su desventura: las palabras del conde se la recordaron: volvía de nuevo á empezar su lucha con el destino, que en aquel momento parecía llevarle la ventaja.

El candente recuerdo de su amor pasaba de continuo por sus ojos; mil proyectos, desechados apenas concebidos, vagaban en su cerebro; había tropezado con la realidad y se estrellaba ante lo imposible. Entonces, volviéndose al caído templo donde oraron las generaciones que le precedieron, lleno de fé y de convicción, alzó sus ojos al cielo y oró. Poco después irguió altivamente su cabeza: llevaba en su seno el prestigio de lo sobrena-

tural: bajó rápidamente de la torre, montó en su caballo y descendió, galopando, la rampa, con la rapidez de un torbellino. Así corrió algun tiempo: pasó impetuosamente el río, y saltando zanjas, breñas y jarales, levantó de en medio de estos una blanca cierva: entonces los instintos de su raza prevalecieron en su espíritu; olvidólo todo, y desprendiendo un venablo de su talabarte, soltó las riendas al corcel, arrojándose en persecucion de la cierva. Esta huía saltando ante él; desaparecía y aparecía alternativamente: hubo un instante en que, creyendo estar cerca de ella, rehaciéndose en la silla y levantándose sobre los estribos, lanzó con todas sus fuerzas el venablo: este, cambiando de direccion, fué á despuntarse en una peña, y, rebotando, cayó en las aguas del río. La cierva siguió huyendo; siguió Gutierre persiguiéndola, hasta que llegó á la puerta de la gótica abadía. La cierva había desaparecido; el caballo desfallecía; el doncel saltó en tierra y, ayudándose de su espada, apartó los brezos y espinos que cerraban el paso, y entró en el templo. Los escombros de las ojivas le ocupan casi todo: habían desaparecido las altas columnas; el viento penetraba á través de los rotos vidrios de las ventanas; no había imágenes en los altares; las gradas del presbiterio se veían esparcidas ó casi enterradas; aun se distinguía el ámbito del coro bajo, en el que se abría una puerta que daba á un claustro. Gutierre entró por ella: solo vió trozos de columnas, galerías destrozadas, capiteles esparcidos, basamentos cubiertos de yerba. En un espacio libre de escombros se alzaba un pedestal, sosteniendo una grosera estatua que suspendía con la diestra mano su ropaje talar, mientras que con la siniestra extendida parecía señalar á un punto: á sus piés saltaba un manantial, encenagando con sus turbias aguas el terroso pavimento.

Gutierre se acercó á la estatua: en su frente leyó grabadas estas palabras: *hiere aquí*. El sol, dando de plano en ella, hacía que su brazo extendido proyectase una sombra en el suelo: el jóven estremecido por una súbita inspiracion, corrió á la línea de sombra y alzó sobre la tierra su cuchillo de caza: entonces le pareció que se movía la sombra del brazo y que trazaba un círculo sobre el pavimento. Gutierre atemorizado alzó sus ojos á la estatua y se levantó, lanzando un grito, al verla tamborlearse unos instantes para caer después pesadamente en tierra.

Al fin se repuso: volvió al sitio donde dejara su cuchillo y comenzó á apartar la húmeda tierra: al cabo, halló un obstáculo; encontró una ancha loza, alzóla haciendo algunos esfuerzos, y halló la entrada de una escalera, cuyos últimos peldaños se perdían en la

REVISTA QUINCENAL.

oscuridad. Gutierre se aventuró á bajar: descendiendo algunas gradas se halló en un estrecho callejón; siguióle y dió en una especie de capilla. En el fondo se percibía un altar tallado en la roca; sobre él penetraba la luz por una estrecha hendidura; de la bóveda colgaba una estrecha lámpara; en el centro una piedra inclinada parecía haber servido de lecho á algun anacoreta. Gutierre se dirigió al altar; sobre él había un cofrecillo abierto; el mancebo se inclinó ansiosamente sobre él; apartó algunos objetos que le cubrían y, al mirar al fondo, lanzando un inmenso grito de alegría, arrebatóle del altar y subió velozmente por las escaleras, desapareciendo en el ruinoso claustro.

(Concluirá). FRANCISCO GUILLEN ROBLES.

REVISTA.

La segunda reunion de confianza, que tuvo lugar en el salon principal del liceo, en la noche del sábado 3 del corriente, superó, como era de esperar, á la primera, así en concurrencia como en animacion y fraternidad.

Estas reuniones particulares, que eran en nuestra sociedad una planta exótica, van aclimatándose y tomando carta de naturaleza, gracias á la bondadosa solitud de las apreciables familias de nuestros consocios, que asisten á ellas con verdadera satisfaccion, de que todos participamos.

La modestia en los trajes y la sencillez en los tocados, que tan recomendadas fueron por la junta de gobierno en la primera invitacion, continúan siendo el adorno de las bellas; que adornos son de la belleza, y los mejores y mas elegantes por cierto, la modestia y la sencillez.

Se abrió, pues, la reunion que á vuela pluma vamos á bosquejar, con unos *lanceros*, bailados por ocho parejas, y acompañados con gran precision y acentuado compas.

Ocupó despues el piano, invitada á ello, la Srta. Eladia Garcia, niña precoz que, apesar de sus cortos años, ejecutó unas brillantes variaciones sobre motivos de *La Favorita*, con una ejecucion y buen gusto superiores á todo encarecimiento. Ya en la primera reunion tuvimos el placer de admirar y aplaudir á esta pequeña artista, y admiracion y aplausos volvemos á tributarla, como premio al presente y estímulo para en adelante.

Compartieron con la anterior los entusiasmas plácemes y significativas muestras de aprobacion de la concurrencia, las bellas y simpáticas Srtas. Doña Carmen Fernandez Gomez y Doña Dolores Villegas, que tocaron despues ambas con mucha afinacion y excelente méto-

do, la primera, la sinfonia de *Guillermo Tell*, y unas variaciones sobre motivos de *La hija del regimiento*, la segunda.

Cantaron á continuacion, acompañándose á si propias, la Srta. Doña Amalia Hernandez, un *recitado* y una *barcarola*, con notable maestría y voz y estilo admirables; y la Srta. Doña Pura Quesada, unas *habaneras*, con la gracia y el encanto peculiar que la son característicos.

El que suscribe leyó, alternando, dos sentidas poesías de la Srta. Doña Rogelia Leon y Sra. Doña Eduarda Moreno de Lopez Nuño, y aunque con menos lucimiento que el que las hubieran dado sus distinguidas autoras leyéndolas ellas mismas, arrancaron, sin embargo, aplausos numerosos. Para que nuestros lectores puedan conocer el mérito de ambas composiciones y aquilatar las bellezas que encierran sus delicados conceptos, las transcribimos íntegras á continuacion.

Tambien contribuyeron á amenizar la tertulia, los Sres. Don Manuel Izquierdo, que cantó la romanza de la zarzuela *El diablo en el poder*, con éxito satisfactorio; y Don José España y Campos, que en *Las ventas de Cárdenas*, nos hizo despertar el entusiasmo que siempre producen en los corazones meridionales, los cantares lánguidos y sabrosos de nuestra tierra.

Al mediar la reunion que reseñamos, se bailó una *Virginia*, con mas de quince parejas: representacion viva, alegre, galante y bulliciosa de la belleza y de la juventud, que animaban el extenso y elegante salon de la sociedad.

Réstanos mencionar á los reputados maestros Don Baltasar Mira, Don José Espinel y Moya y Don Antonio Guillen, que á competencia, y durante todo el tiempo de la reunion, cooperaron con la mayor espontaneidad, ya por si, ya por medio de sus aventajadas discípulas, al esparcimiento y solaz, animacion y brillantez de la misma.

Notamos que en la concurrencia, tanto de señoras como de caballeros, mas numerosa como ya hemos referido, que en la noche de la inauguracion de estos recreos, se hallaban casi todas ó la mayor parte de las personas que asistieron al primero: prueba evidente de complacencia, reiteracion de afecto y continuidad de propósito.

¡Lástima grande que pluma mejor cortada, imaginacion mas fogosa y mas rica y menos sóbria fantasia, no se hayan puesto de consuno á merced de nuestros lectores, para trasladar fielmente sobre la tersa superficie del papel, el recuerdo grato, seductor é inolvidable de aquellos deliciosos momentos, consagrados á la amistad, al desarrollo de la inteligencia y al cultivo de las artes!—A. Ruiz.

LA VIRGEN QUE VUELVE AL CIELO.

«¡Madre! ¡Madre, qué bonitos
son los vestidos de ahora!
¡Qué bien mi talle estuviera
con los lazos y las blondas!
Ayer bajé á la ciudad,
y volví triste y llorosa,
de ver esos ricos trajes
como llevan las señoras.
Las miro, y no son tan lindas
como es linda mi persona;
pero esta india que visto
mis quince abríles desflora.
Si yo vistiera esas galas,
si yo arrastrase esas colas,
y enredara mis cabellos
con tantos lazos y joyas,
¿quién á mí se igualaría
en lo bella y seductora?
¿Ni quién amantes tuviera
como la hechicera Lola?
¡Ese es mi nombre! Dolores
no me llameis desde ahora,
que en la ciudad así dicen
á las que cual yo se nombran.»
La madre lanzó un suspiro
de pesar y de congoja,
al escuchar de su hija
aquellas razones locas.
Después la arrastró hácia el valle,
que es de césped rica alfombra,
y tegiendo una guirnalda
de blancas y lindas rosas,
se arrodilló, miró al cielo,
y una plegaria llorosa
salió de aquella alma, herida
por sospechas que la agovian.
«Permita la Virgen pura,
dijo con voz seca y ronca,
que esta corona amortaje
á la hija que es ambiciosa,
antes que yo la contemple
con una mancha en su honra.
Arrodillate, Dolores,
que las que, cual tú, ambicionan,
bien pueden pedir á Dios
una muerte buena y pronta.»

Oraron las dos unidas;
y una noche tormentosa
sucedió á aquel bello día
de brillantez seductora;
y en medio de los granizos
que sobre la tierra botan,
y del huracán furioso
que los árboles deshoja,
se oyó ruido de caballos,

y una voz cantar sonora
apasionado romance
en que á Dolores se nombra.
«Él es, pronunció la niña,
el que va á llevarme ahora
á aquel lugar encantado
donde la vida es hermosa.»
Y nada pudo añadir,
porque cual pálida sombra
cayó al suelo, yerta y fría,
al ir á escapar ansiosa.

Cuando cesó la tormenta
y su furia aterradora,
vino la aurora rosada
que el valle inundó de gloria;
y por él atravesaba
una multitud piadosa
de mujeres de la aldea
que rezaban fervorosas.
Un cadáver conducían,
¡y como le amaban todas!
cada cual la llevó un lazo,
una flor ó una corona.
Era la infeliz Dolores,
la pobre niña ambiciosa,
que quiso dejar la aldea
por las galas engañosas.
Pero Dios oyó á su madre
y la dió tumba por honra;
que es preferible la muerte
á una vida desastrosa.

¡En paz descansen la niña!
¡Una y mil veces dichosas
las vírgenes que del mundo
no bebieron la ponzoña!

ROGELIA LEON.

LA NIÑA DE QUINCE AÑOS.

Niña de los quince años,
de tez mate y ojos negros,
de ondulante cabellera,
de labios puros y frescos,
de mano blanca, pié breve
y graciosos movimientos;
no me digas que no amas
pues tus palabras no creo,
porque, niña, con tus ojos
la verdad me estás diciendo.
Morena de frente altiva
y con mirada de fuego,
andaluza y quince años,
¡ay, niña, no lo comprendo!
Tú amas mucho, tú amas mucho,
amor habita en tu pecho,

y ese disimulo mismo
 descubre, niña, el secreto.
 Y sinó, dime ¿por qué
 lloras en el santo templo,
 cuando á misa con tu madre
 bajas al cercano pueblo?
 ¿Por qué dejas con el alba
 el mullido y blando lecho,
 para ver cómo las flores
 alzan sus cálices bellos,
 coronadas de rocío
 y mecidas por los céfiros?
 ¿Por qué en la tarde apacible
 sales al valle risueño,
 para contemplar los rayos
 del sol que muere á lo lejos,
 besando los altos pinos
 con sus fulgores postreros?
 ¿Por qué miras de la luna
 con tanto afán los reflejos,
 y sientes tu jóven alma
 entusiasmada con ellos?
 ¿Por qué tus labios pronuncian
 un nombre, con afán tierno,
 para que el aura le bese
 y le repitan les ecos?
 ¿Por qué, despierta, suspiras
 por la vision de tus sueños,
 acariciando amorosa
 en tu puro y casto seno
 una flor, que aunque marchita,
 es la luz de tus recuerdos?
 ¿Y por qué, dime, en la noche
 esa flor con tanto empeño
 cuidas y dejas en agua
 bajo el azul de los cielos,
 para prenderla de día
 en tus rizados cabellos?
 Niña de los quince años,
 de tez mate y ojos negros,
 no me niegues tus amores,
 que tus amores comprendo;
 y son tan puros y hermosos
 cual del alba los destellos.
 Niña de los quince años,
 ¡qué elocuente es tu silencio,
 pues lo que tus labios callan
 tu ojos lo están diciendo!
 ¡Quiera Dios que los perfumes
 de tu amor sean eternos,
 y que nunca entre sus alas
 te los arrebatase el viento!

EDUARDA MORENO DE LOPEZ NUÑO.

Descubrimiento. — En las ruinas de Pompeya han sido descubiertos últimamente, dos grandes bustos en mármol, que representan, uno á *Bruto* y otro á *Pompeyo*; destinándose tan precioso hallazgo al museo nacional de Florencia.

ACCION DEL CALOR

SOBRE LA PRENSA ELECTRO-MOTRIZ DE LAS PILAS.

El calor ejerce una fuerza muy variable sobre la prensa electro-motriz de las pilas; pudiendo servir particularmente para comprobar la exactitud de la ley de M. Joull, sobre la proporcion entre las piezas electro-motrices y los equivalentes caloríferos de las reacciones químicas producidas en las pilas.

De los experimentos hechos por M. Crova, resulta:

1.º Que la fuerza electro-motriz de los elementos del primer género (tipo Daniell), disminuye regularmente cuando la temperatura se eleva.

2.º Que la de los elementos del segundo género (tipo Grove), aumenta al contrario con la temperatura.

3.º Que la de los elementos de un líquido (tipo Linée), permanece independiente de las variaciones de temperatura.

Para hacer estos experimentos de un modo muy sencillo, basta oponer, polo á polo, dos elementos idénticos y colocar en el circuito un galvanómetro cuya aguja se fijará en cero. Calentando uno de los elementos con las precauciones convenientes, se desviará la aguja de un modo permanente en un sentido que varía con la naturaleza del elemento.

SONETO.

En la copa de un árbol, cierto día,
 sus amores un pájaro cantaba,
 y el eco armonioso resonaba
 del campo abierto en la estension vacía.

Oyóle con trasportes de alegría
 un cazador que por allí cruzaba,
 y apenas á su víctima apuntaba
 cuando á sus piés exánime caía.

Y mudo quedó el campo, y silencioso;
 mudo cual sin señor queda un palacio:
 y yo tambien enmudecí por suerte,

y emprendí mi camino trabajoso,
 considerando el reducido espacio
 que separa la vida de la muerte!

AURELIANO RUIZ.

CUARTETOS DE CUERDA.

Segun el Sr. Dheu, sábio bibliotecario de la real biblioteca musical de Berlin, la primera pieza que se escribió para cuarteto de cuerda en el siglo XVI, es debida al célebre organista español y clavicordista de S. M. el rey Don Felipe II, Don Félix Antonio Cabezon; cuyo hecho se había atribuido á autores extranjeros mucho mas modernos. Dicha pieza se halla en una obra escrita por el gran organista, y que se tiene en mucha estima en dicha célebre biblioteca, y de la que desgraciadamente no se encuentra en España ejemplar alguno.

CERTAMEN

La *Academia de Medicina y Cirujia* de esta Capital, abre concurso público y ofrece premios á las memorias que resuelvan mejor, á su juicio, los dos puntos siguientes:

1.º Sobre la identidad ó dualidad del virus sífilítico.

2.º Sobre la profilaxis de la tisis pulmonal.

El término para la presentacion de estos trabajos, espira el 30 de Octubre próximo venidero.

Los premios y accesits correspondientes, serán adjudicados en la sesion inaugural del año entrante de 1870.

Es de esperar del buen nombre de la academia, que el concurso que anuncia obtenga un éxito completo.

SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA.

El distinguido catedrático de la Universidad central, presidente que fué de la seccion de ciencias y literatura de este liceo, el Sr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez, ha leído en la inauguracion de las tareas anuales de la sociedad Antropológica española, un erudito discurso, cuyo lema es: *Del lenguaje hablado, considerado en su origen, y primeras determinaciones formales, segun el criterio de la razon humana.*

MÁXIMAS.

La odiosidad que pesa sobre el verdugo, es la mas elocuente condenacion del suplicio.

Siempre creemos lo pasado mejor de lo que fué: lo presente peor de lo que es, y lo futuro mejor de lo que tal vez será.

Ambicionar es grandeza y envidiar es baja.

La peor de las pobreza es la pobreza de ingenio.

Sufre con paciencia y goza con moderacion.

Anécdota.—Un abogado muy feo y contrahecho estaba informando contra una aldeana, alegando en el asunto cosas inútiles que nada tenían que ver con el hecho. La aldeana, perdiendo la paciencia, dijo á los jueces: «Señores, yo diré el hecho en pocas palabras. He ajustado con un tapicero, que es mi parte, darle una cantidad por una tapicería de Flandes, bien tratada y de muy hermosas figuras, tales como la del Sr. Presidente (quien en efecto era un buen mozo), y en su lugar me quiere dar una mala, con figuras feas y contrahechas, como la del abogado contrario. ¿No estoy escusada de cumplir el contrato?» Esta comparacion, que era muy clara, desconcertó en tales términos al abogado contrario, que no pudo proseguir, y la aldeana ganó su pleito, haciendo reir á los jueces.

El sábado 17 del actual, tendrá efecto la tercera reunion de confianza, que la junta del liceo ofrece á sus consocios.

BASES, PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Esta revista se publicará los días 1.º y 15 de cada mes, en dos pliegos de impresion, 4.º prolongado, con 32 columnas de lectura compacta, igual al presente número.

Su precio por suscripcion, es: 2 rs. al mes en la Capital: 8 rs. trimestre fuera de la misma. Números sueltos 2 rs. indistintamente. Para los Sres. sócios del Liceo, gratis. Los Sres. sócios exentos de pago, tienen derecho á una suscripcion, abonando un real mensualmente.

Se suscribe en la Secretaría del Liceo, donde se hallan establecidas las oficinas del periódico.

GRANADA: IMP. DE PUCHOL.